

Mons. Jesús Moliné Labarta

Carta Pastoral

*La Iglesia que
peregrina en Chiclayo*

Diócesis de Chiclayo

LA IGLESIA QUE PEREGRINA EN CHICLAYO

El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres (Sal 125, 1). Al comenzar el Adviento dentro de las celebraciones de las Bodas de oro de la Diócesis de Chiclayo, nuestro corazón canta las alabanzas del Señor, que se manifestó con todo su amor en Jesucristo, cuya presencia entre nosotros es adorada y manifestada por la Iglesia.

Fieles al llamado del Señor a la conversión, venimos preparándonos para la celebración de Acción de gracias por los cincuenta años de la Diócesis. En el 205, fue la Gran Misión Diocesana, que se continúa a través de las asambleas familiares. En el 2006, hemos tenido la celebración del IV Centenario del fallecimiento de Santo Toribio en Zaña, con el Jubileo que el Papa concedió para todas las Diócesis del Perú y la solemne Celebración Eucarística el 23 de marzo en el lugar donde el Santo pasó a la vida definitiva.

Desde el mes de abril, venimos preparándonos con la temática desarrollada en los Colegios, la difusión de la Carta pastoral del Obispo, el Himno de la Diócesis y la Oración por la Diócesis. Se han tenido algunas jornadas como la de la Familia y la de la Juventud y la Semana Cultural, que culminó en el Concierto de música sacra.

Se ha vivido el Jubileo que el Papa Benedicto XVI nos ha concedido con esta ocasión y que durará hasta el día 17 de diciembre. Son muchos quienes personalmente o en grupos, en su cama de enfermo o en caseríos alejados, quienes se están acercando más al Señor ganando la Indulgencia plenaria o parcial del Jubileo. Los arziprestazgos han peregrinado a la Catedral durante tres sábados de noviembre.

Ahora tenemos por delante, además del Jubileo, la Fiesta de la Patrona de la Diócesis, el Triduo preparatorio, la Serenata y la Solemne Misa concelebrada del día 17 de diciembre, en que se cumplirán los cincuenta años de la creación de la Diócesis por el Papa Pío XII mediante la bula *Sicut Materfamilias*. Todo será –así lo esperamos– un gran Adviento que nos llevará al Nacimiento, bajo la mirada cariñosa de María y de José.

Peregrinos. Con estos actos tan diversos, hemos fortalecido nuestro paso de peregrinos y muchos se han sentido invitados a seguir este paso firme en el seguimiento del Señor. Queremos estar cada vez más unidos a Jesús y los unos con los otros, fortaleciendo a quienes se sienten débiles e invitando a todos a vivir en la alegría del Dios Humanado. “Las experiencias vividas [*que estamos viviendo*] deben suscitar en nosotros un dinamismo nuevo, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas” (JUAN PABLO II, *Al comienzo del nuevo milenio*, 15).

El Jubileo nos ayuda a caminar con sentido de penitencia y conversión y el Adviento anima en nosotros la esperanza de contemplar la gloria del Niño en Belén. Queremos borrar de nosotros todo rastro de culpa, queremos quitar todo afecto desordenado, que los pecados hayan podido dejar en nosotros, como nos pide la bula del Jubileo.

La *indulgencia* es uno de los elementos constitutivos del Jubileo (cf *El misterio de la Encarnación*, 9). Condición esencial es acercarse al sacramento del perdón para reconciliarse con Dios, de quien nos apartamos por el pecado. Sin embargo puede suceder que con la reconciliación con Dios no se eliminen algunas secuelas del pecado, debido a la imperfección en el amor a Dios y al prójimo de la persona reconciliada y estimuladas por la concupiscencia. “Con la indulgencia se condona al pecador arrepentido la pena temporal por los pecados ya perdonados en cuanto a la culpa” (*l. c.*).

La Iglesia, como dispensadora de los misterios de Dios y administradora de los méritos que Jesucristo le confió, perdona los pecados por el ministerio del sacerdote y aplica los méritos de Cristo para que su sangre purifique totalmente de los pecados. Más aún, la Iglesia, como comunidad de los creyentes en Jesucristo, anuncia a todos los hombres la palabra de la reconciliación y tiene la tarea de “llevarla a cabo en el mundo” (JUAN PABLO II, *Reconciliación y Penitencia*, 8) y sea “signo de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano” (VATICANO II, *Luz de las gentes*, n. 1).

El camino hacia la reconciliación es el camino de la conversión. El tercer misterio luminoso del Santo Rosario nos recuerda “el anuncio del Reino y la invitación a la conversión”. “Convertíos y creed en la Buena Nueva”, nos dice Jesús (*Mc* 1,15). La conversión, nos dice Juan Pablo II es sobre todo “la revisión del propio modo de actuar a la luz de criterios evangélicos” (*Iglesia en América*, 26). La conversión requiere, por tanto, la lectura meditada y orante de la Palabra divina, que lleva al encuentro con Dios en los

sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. El camino que va desde la Palabra de Dios a los sacramentos es camino de reconciliación con los hermanos mediante la comunión fraterna cada vez más expresada, especialmente con los más pobres, conscientes de que Cristo está presente en los demás. Comunión que llevará a la práctica de las obras de misericordia espirituales y materiales. Se trata del “prójimo” de la parábola del buen Samaritano (cf *Lc* 10, 25-37). “Mi prójimo –comenta Benedicto XVI- es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar... requiere mi compromiso práctico aquí y ahora” (*Dios es Amor*, 15).

El camino de la conversión, entre otros, será asimismo la rectificación de los criterios y actitudes ante el trabajo, que debe hacerse con competencia profesional por amor a Dios y servicio al prójimo. Todo debe estar animado por la caridad. Si el trabajo humano se desliga de la caridad, corre el peligro de deshumanizar al hombre y corromper a la sociedad, pues el amor pertenece al ser del hombre. El amor ayudará a purificar el trabajo de tantas desviaciones a que suele estar sometido como puede ser el mercantilismo, el pragmatismo, la esclavitud, el éxito por el éxito y tantas otras. Amor al trabajo, imagen de Dios creador, para que el hombre pueda desarrollarse como persona. Necesidad urgente de que puedan crearse las condiciones que permitan la creación de suficientes puestos de trabajo, que ayuden a salir a tantos de las graves carencias en que se encuentran. Urge también una cultura del trabajo, el gusto por las cosas bien hechas. El amor a Dios Creador y el seguimiento de Jesús de Nazaret, presente en el prójimo, contribuirán notablemente a conseguirlo y darán fundamento sólido para crear una cultura del trabajo.

La transformación del mundo al servicio del hombre mediante el trabajo humano lleva a considerar al planeta Tierra y, en general, el cosmos como la casa que acoge a todas las mujeres y hombres y a cuantas generaciones les sigan. Se impone el deber de cuidarla para que cada uno y los grupos humanos tengan el espacio necesario para vivir dignamente. Cuidarla pensando en quienes la habitan y en las generaciones que vendrán después. La explotación de los recursos de la naturaleza para producir abundancia de bienes materiales sin mayores consideraciones es una actitud egoísta e irresponsable. Vivir la solidaridad de alcance universal en el tiempo. Hacer que la Tierra sea casa habitable supone un esfuerzo por parte de todos en que esté limpia, libre de basuras, que generan repugnancia y enfermedades. También debe atenderse a la basura de la pornografía y del tener como valor absoluto, que fomenta el materialismo deshumanizante, el egoísmo más feroz debidamente maquillado.

El hombre es administrador de los bienes materiales, tal como Dios le encomendó al principio de la creación.

El anhelo de Dios. Si hacemos así, si nos movemos en el seguimiento de Cristo junto con toda la creación, que anhela ser liberada, daremos testimonio de la fe cristiana y será camino para cuantos buscan a Dios a tientas y para cuantos creyentes buscan una luz que les oriente hacia el camino que les lleva hacia metas más altas, les abra el camino de la trascendencia y descubran la luz de Jesucristo Salvador como un nuevo Damasco.

Esta es la tarea de la Iglesia. Se nos pide que nos sintamos responsables de esta tarea eclesial, sabiendo que es “indefectiblemente santa”, porque su Cabeza es santa y sus miembros que ya están en el Cielo, santos los medios de santificación -la Palabra de Dios y los sacramentos-, santas son muchas de las acciones de quienes peregrinan aún por este mundo. A la vez que es santa, la Iglesia necesita ser purificada por los pecados de sus miembros a causa de las divisiones, soberbias y de pensar sólo en sí o en el propio grupo. Para superar estas situaciones negativas la Iglesia recibió el sacramento de la Reconciliación y el de la Eucaristía, junto con la oración por la unidad en el amor por la que Jesús oró en el Cenáculo.

Como anhelo de Dios debemos descubrir cuanto de bueno y justo hay en el mundo, pues Dios es el autor de todo bien. A la Iglesia, a nosotros, se impone la tarea de descubrir estos gérmenes del Verbo para descubrirlos, cuidarlos y hacer que adquieran el desarrollo adecuado hasta que Cristo se manifieste en sus vidas. Más aún, se nos impone la tarea de descubrir esas semillas en una actitud verdaderamente evangelizadora. Para ello no faltará la luz del Espíritu Santo ni su gracia vivificadora, si emprendemos la tarea, conscientes del mandato misionero de Jesús. Vivir abiertos a la acción santificadora del Espíritu en nosotros y en los demás.

La práctica de la misericordia, el amor que se inclina ante el hombre necesitado, llega al corazón de quien es la Misericordia, porque quien la vive se ha hecho semejante a El, se ha transformado en su amor al prójimo, hace patente el amor divino, que es más fuerte que el pecado. “Este proceso... constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana” (JUAN PABLO II, *Dios rico en misericordia*, n. 14). El amor misericordioso de Dios se manifiesta con toda su fuerza en Jesucristo crucificado, que nos da a su propio Hijo, y se convierte en fuente y modelo para la práctica de la misericordia en los bautizados. Para perdonar, sólo hay que contemplar al Crucificado.

Los pastores y los Magos se movieron hacia el lugar del Nacimiento del Niño impulsados por una fuerza interior, surgida de los signos externos que se les dieron: luces, ángeles, cantos, estrella itinerante, doctores de la ley. No se cerraron ante lo que casi no se veía y descubrieron la maravilla del Dios humanado. Todo nos recuerda la presencia de Dios en la suavidad de la brisa. Los sencillos, los buscadores de la verdad, descubren las maravillas del amor de Dios –en este caso, Jesús nacido en Belén- y se convierten en sus mensajeros, animan a otros a emprender el camino que ellos recorrieron. No sabemos sobre el fruto de ese apostolado, como no lo sabemos del endemoniado de Gerasa, pero estamos seguros que ayudaría a muchos para entender y aceptar el mensaje evangélico cuando los Apóstoles comenzaron a anunciar a Jesús resucitado. La fe en Jesucristo sería para ellos nuevamente un ver claro, lo que inicialmente era algo difuso, tenía mucho de fe humana y una lamparilla de fe divina. “A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de cesarea de Filipo (cf Mt 16, 13-20)” (JUAN PABLO II, *Al comienzo del nuevo milenio*, n. 19).

Evangelizar. Nuestra propuesta durante estos años y en los siguientes es evangelizar, cumpliendo el mandato misionero de Jesús. Para todos es conocido que, en nuestra Diócesis, hay una gran religiosidad (Cruz del Chalpón, Nazareno Cautivo, Señor de los Milagros, diversas cruces). Sin embargo somos conscientes que en muchos hay una fe informe, una fe recibida en el Bautismo pero que no ha sido debidamente anunciada y mucho menos formada tanto a nivel de entendimiento cuanto a nivel de corazón y de sentimientos. Se requieren apóstoles y pastores de las almas –evangelizadores y catequistas- que vayan anunciando el mensaje de Jesús y animen a los creyentes a conforma su vida con la de Jesucristo, aspirando a la meta propuesta por San Pablo: “Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mi”.

La actividad evangelizadora debe acrecentarse en nuestra Diócesis. Dada la magnitud de los hechos, pero también porque es inherente al hecho de estar bautizados, se necesita la cooperación decidida de los laico para evangelizar. Son necesarios muchos más catequistas de comunidad –por quienes siento una gran simpatía-, catequistas que salgan de la propia comunidad y vayan a otras comunidades para anunciar o apoyar en la actividad evangelizadora, como se viene haciendo, pero debemos hacer más. Debe ser normal el compromiso de una parroquia que apoya la actividad pastoral de otra parroquia con recursos humanos, no sólo económicos. No nos

detengamos en chocolatadas, sino vayamos a anunciar lo que, de algún modo, anuncian la chocolatada: Jesucristo, Salvador del mundo.

La evangelización debe llevarnos a anunciar a Jesucristo en los llamados nuevos areópagos: los medios de comunicación social. Es muy débil la presencia de católicos bien formados en estos medios. No es necesaria una presencia oficial de la Iglesia. Es una de las tareas que deben desarrollar principalmente los laicos mediante su competencia profesional, su apoyo económico y su apostolado de la opinión pública. Hay que decir que la Iglesia como institución carece de los medios necesarios. Las iniciativas pueden, deber ser, múltiples en esta dirección. Recordemos las palabras de San Pablo: “Que Cristo sea anunciado a como dé lugar”. Se hace algo en este campo, pero es muy poco; además las pocas iniciativas están dispersas, tal vez porque se busca el gusto personal de quienes las promueven.

Más obreros para la mies. Puede afirmarse que la pastoral para suscitar y sostener vocaciones sacerdotales estuvo presente en la Diócesis desde el primer momento. Mons. Daniel Figueroa dio los primeros pasos en la formación de los pocos seminaristas que se fueron presentando. Le apoyó Mons. Luis Sánchez-Moreno con la Academia. Mons. Ignacio Orbegozo consiguió encauzar definitivamente la pastoral vocacional. Son más de cien los seminaristas que llegaron al sacerdocio, salidos de nuestro Seminario Diocesano Santo Toribio de Mogrovejo, todos muy bien preparados para el ministerio.

Ahora necesitamos más porque ha crecido la vida espiritual entre los fieles de la Diócesis de Chiclayo: más participantes en las misas diarias y en las dominicales, más confesiones, más confirmaciones, más fieles que piden mayor formación teológica y espiritual. Necesitamos rezar más y mejor, ser más santos, para que el Señor llame a más niños y jóvenes al sacerdocio; necesitamos más laicos y sacerdotes para cuidar de esas vocaciones en un ambiente contrario al seguimiento de Jesucristo en una entrega total. Hay niños y jóvenes capaces de ello. Es necesaria la generosidad de las familias que respete la decisión del hijo o del hermano y cuide de su vocación, sin pretender ventajas materiales.

También necesitamos más vocaciones de vocaciones religiosas que colaboren decididamente en la tarea de evangelización y ayuden a la verdadera promoción de la mujer.

Confiamos en que los Consejos Pastorales Parroquiales de Educación serán un gran medio para la pastoral vocacional. Ésta hay que enmarcarla dentro de la actividad pastoral en general al interior de los colegios, sean públicos o privados. Tanto los profesores como los alumnos –con las excepciones del caso- están abiertos a que alguien les hable de Jesucristo, les estimule en su seguimiento y fundamenten desde el Evangelio los valores que se les transmiten. Será un gran fruto de las Bodas de Oro el incremento de la actividad en este sector tan importante para la sociedad y para la Iglesia. Es una tarea importante para las parroquias en coordinación con la Comisión Diocesana de Educación Católica (ODEC). Hago una invocación especial a los profesores cesantes para que presten una parte de su larga experiencia y de sus energías a la pastoral en los centros educativos dentro de las parroquias.

Siempre será necesario el imperativo de Jesús. “Rueguen al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”. Oración, mortificación y acción por este mandato del Maestro.

La familia. El clima adecuado para que surjan vocaciones sacerdotales es la familia cristiana. Es conocido que, entre nosotros, hay bastantes familias rotas, incompletas o que no son familia. Urge una pastoral familiar que ayude a la vivencia del matrimonio y de la familia según el plan creador de Dios. Una pastoral que ayude a las personas a educar sus sentimientos y su sensibilidad, que les evite el reducir el amor a una actitud instintiva y les abra el camino de la entrega generosa y permanente, una entrega auténticamente humana. “La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia manifiesta constantemente su solicitud pastoral por este espacio fundamental de la persona humana” (BENEDICTO XVI, *Encuentro festivo y testimonial de la Ciudad de las Artes y las Ciencias*, 8-VII-06).

Para lograr ese objetivo es necesario coordinar mejor las diversas iniciativas a favor del matrimonio y de la familia, existentes en la Diócesis. Debemos permanecer constantes en el camino emprendido en la pastoral familiar, que promueve el Equipo de pastoral familiar que promueve la respectiva Comisión Diocesana. La unión construye, la dispersión deja las cosas a medio hacer.

Confiamos en que se pueda dar un gran impulso a la Pastoral Familiar en el 2007. En su momento, se redactará el correspondiente Plan Pastoral Diocesano. Para quienes trabajen en la realización de ese Plan, les traigo aquí

un texto del Papa Benedicto XVI: “El amor es una luz –en el fondo la única- que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar” (*Dios es amor*, n. 39. Junto a otros documentos del Magisterio de la Iglesia –recordemos que se cumplen 25 años de la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*–, ayudarán mucho en esta tarea las diversas alocuciones del Papa con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia (España).

Antes de seguir adelante, recordemos que son muchas las personas en nuestra Diócesis que viven una relación entre varón y mujer que no puede llamarse matrimonio porque o no se ha contraído ni matrimonio civil ni religioso o se vive en situaciones irregulares de varios “compromisos” –no suelen ser tales- presentes o rotos. Además de quienes viven esas situaciones, son principalmente los hijos quienes cargan con las consecuencias negativas de esas uniones irregulares. Para afrontar debidamente estos hechos en la Pastoral Familiar, nos orienta Benedicto XVI hablando del aporte de la comunidad eclesial, sobre todo de las parroquias, a las familias, especialmente de las que se hallan en situaciones difíciles: “La comunidad eclesial tiene la responsabilidad de ofrecer acompañamiento, estímulo y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas o momentos críticos. En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe” (*l. c.*). Para los casos más difíciles, será necesario remitirse a la Exhortación Apostólica “*Familiaris Consortio*” de Juan Pablo II.

Atendamos en primer lugar a los hermanos en la fe para seguir el orden en la caridad, es decir, a aquellos matrimonios y familias que viven según Dios y aspiran a crecer en la fe dentro del matrimonio, sin desentenderse, por otra parte, de los demás a quienes encomendamos a la misericordia divina. Es necesario afrontar el desafío de una visión hedonista y egoísta de la relación entre el hombre y la mujer bastante generalizada, como si fueran caminos de realización humana, que no lo son. “Promover los valores del matrimonio no impide gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo. La fe y la ética cristiana, pues, no pretenden ahogar el amor, sino hacerlo más sano, fuerte y realmente libre” (BENEDICTO XVI, *l.c.*).

Apostemos por la vida humana desde el momento del encuentro único de las dos células masculina y femenina. Cuanto se refiere a la ecología debe tener por centro la calidad de la vida humana desde antes de su concepción

hasta el último momento de su existencia: que resplandezca siempre en todo hombre su ser de imagen de Dios, que confió el universo al hombre para hacer de él casa y hogar de vida auténticamente humana. Cuanto atenta de algún modo contra la vida humana, sea directamente, como la anticoncepción por medios químicos o técnicos o el aborto, sea indirectamente, como las emanaciones tóxicas o la inadecuada alimentación de la madre o la falta de higiene personal o ambiental, deben desecharse en sí mismos y en sus causas. “Todo esto supone una paciente y valiente *obra educativa* que apremie a todos y cada uno a hacerse cargo del peso de los demás (cf. *Gal 6, 2*); exige una continua promoción de *vocaciones al servicio*, particularmente entre los jóvenes; implica la realización de *proyectos e iniciativas* concretas, estables e inspiradas en el Evangelio” (JUAN PABLO II, *El Evangelio de la vida*, n. 88).

Laicos y Movimientos eclesiales.

Cultura

Perseverancia

María

Chiclayo, 3 de diciembre de 2006
I Domingo de Adviento

† Mons. Jesús Moliné Labarta
Obispo de Chiclayo